

el del interés personal, podría impeler á un hombre á las acciones generosas? Le es tan imposible querer el bien por el bien, como el mal por el mal.» «Los principios de la ley natural,—dicen los discípulos y entre ellos Volney,—se reducen á un principio fundamental y único, la conservación propia.» «Conservarse, conseguir la felicidad», hé ahí el instinto, el derecho y el deber. «¡Oh vosotros,—dice la naturaleza, según de Holbach, en su *Sistema* de la misma, II, 408-493;—oh vosotros, quienes por mi impulso tendéis á la dicha en todos los momentos de vuestra vida, no resistáis á mi soberana ley, trabajad en vuestra felicidad, gozad sin temor, sed dichosos!» Mas, para ser dichosos, contribuid á la dicha de los demás; si queréis que los demás os sean útiles, sedles útiles; vuestro interés bien entendido os manda que les sirváis. «Desde su nacimiento, hasta su muerte, todo hombre necesita de los hombres.» «Vivid, pues, para ellos, á fin de que ellos vivan para vosotros.» «Sed buenos, puesto que la bondad avasalla todos los corazones; sed dulces, puesto que la dulzura se atrae el afecto; sed modestos, ya que el orgullo subleva á los seres pagados de sí mismos... Sed ciudadanos, porque la patria es necesaria para vuestra seguridad y bienestar. Defended vuestro país, ya que él os hace dichosos y contiene vuestros bienes.» Por eso, la virtud no es otra cosa que un egoísmo previsor; el hombre no tiene otra razón para obrar bien que el miedo de perjudicarse, y cuando se sacrifica, lo hace en interés propio. Se desliza aprisa y lejos por esa pendiente. Desde el momento en que para cada uno, la regla única es la de ser dichoso, todos quieren serlo inmediatamente y á su modo; los apetitos, abandonados á sí mismos, avanzan y derriban desde luego las vallas. Tanto más, cuanto que se le ha demostrado que toda valla es nociva é inventada por pastores astutos y malhechores, para mejor traicionar y esquilarse el rebaño. «El estado social es un estado de guerra del soberano contra todos, y de cada uno de sus miembros contra los demás,» dice de Holbach en su *Sistema de la naturaleza*, I, 347. «No vemos sobre la faz de la tierra sino soberanos injustos, incapaces, debilitados por el lujo, corrompidos por la adulación, depravados por la licencia y la impunidad, desprovistos de talento, buenas costumbres virtudes... El hombre es malo, no porque lo sea en sí, sino porque se le ha hecho tal.» «¿Queréis saber la historia abreviada de casi todas nuestras miserias?—dice Diderot, en su *Suplemento al viaje de Bourgainville*.—Hélo aquí: «Había un hombre natural, se introdujo en el interior del mismo otro hombre artifi-

cial, y se suscitó en él una guerra civil que dura toda la vida... Si os proponéis ser su tirano... envenenadle de la mejor manera posible, con una moral contraria á la naturaleza; fabricadle trabas de toda clase, estorbad sus movimientos con mil obstáculos, unidle fantasmas que le espanten... ¿Queréislo dichoso y libre? No os mezcléis en sus asuntos y vivid siempre en la convicción que no es para vosotros, sino para ellos, para quienes los sabios legisladores os han amasado y amanerado como lo estáis. Apelo á todas las instituciones políticas, civiles y religiosas; examinadlas profundamente, y, ó yo me equívoco mucho, ó vosotros veréis á la especie humana sometida de siglo en siglo al yugo que un puñado de bribones se tomaban la libertad de imponerle... Desconfiad de que quiere orden; ordenar es siempre hacerse dueño de los otros, atándoles.» Nada de ataduras; las pasiones son buenas, y si el rebaño, al fin, quiere comer á dos carrillos, su primer cuidado será el de echar bajo sus zuecos á los animales mitrados y coronados que lo apriscan para explotarlo (1).

VI

Regreso á la naturaleza, es decir, abolición de la sociedad: tal es el grito de guerra de todo el ejército enciclopedista. Y hé aquí que se levanta el mismo grito por otra parte, es el ejército de Rousseau y de los socialistas que á su vez van á dar el asalto al régimen establecido. La zapa que este ejército practica al pié de las murallas, parece más limitada cuando no es sino más eficaz, y la máquina destructora que emplea es también una idea nueva de la natu-

(1) Diderot. *Los Eleutoromanos*.

«Y con sus manos tejiendo del sacerdote las entrañas, un dogal fabricaran para el postrero de los reyes.»

Brissot: «Siendo la necesidad nuestro único título de propiedad, se deduce de ahí que cuando está satisfecha ya no es el hombre propietario... Dos necesidades esenciales resultan de la constitución del animal, la nutrición y la evacuación... ¿Pueden los hombres nutrirse con sus semejantes? Sí; porque los seres tienen derecho á alimentarse de cualquiera sustancia propia para satisfacer sus necesidades... Hombre de la naturaleza, sigue tus deseos, atiende á tu necesidad, es tu solo dueño, tu solo guía. ¿Sientes arder en las venas un fuego secreto al aspecto de un objeto encantador? Es tuyo, tus caricias son inocentes, tus besos son puros.

«El amor es el único título del goce, como la hambre lo es de la propiedad.» (Ensayo publicado en 1780, reproducido en 1782 en la *Biblioteca del legislador*, citado por Roux y Buchez, *Historia parlamentaria*, XIII, 431.)

raleza humana. Esta idea la tomó Rousseau por completo del espectáculo de su propio corazón, pues él mismo escribe en *Rousseau juez de Juan Jacobo*, tercer diálogo p. 193:—«¿De dónde el pintor y el apologista de la naturaleza hoy tan desfigurada y calumniada pudo tomar su modelo como no fuese de su propio corazón?—Hombre raro, original y superior, pero que desde su infancia llevaba consigo un germen de locura y que al fin volviéndose enteramente loco; espíritu admirable y mal equilibrado en quien, las sensaciones, las emociones y las imágenes eran sobrado vivas; ciego y perspicaz á un mismo tiempo, verdadero poeta y poeta enfermo que en vez de las cosas veía sus sueños, vivía en una novela y murió en la pesadilla que se había forjado; incapaz de dominarse y conducirse, tomando por actos sus resoluciones, por resoluciones sus veleidades, y por el carácter que creía tener, el papel que él se asignaba; desproporcionado en todo con la vida corriente del mundo; obstinándose, lastimándose, enlodeciéndose en todas las márgenes del camino; habiendo cometido extravagancias, villanías y crímenes, y conservando no obstante hasta el fin la sensibilidad delicada y profunda, la humanidad, la ternura, el dón de las lágrimas, la facultad de amar, la pasión por la justicia, el sentimiento religioso, el entusiasmo, como otras tantas raíces vivientes en las que fermenta siempre la generosa savia, al paso que el tallo y las ramas, abortan, se deforman ó se inclinan bajo la influencia del aire. ¿Cómo explicar semejante contraste? ¿Cómo lo explica el mismo Rousseau? Un crítico, un filósofo, no viera en él más que un caso especial, el efecto de una estructura mental extraordinaria y discordante análoga á la de Hamlet, de Chatterton, de René, de Werther, propia para la poesía, impropia para la vida. Rousseau generaliza; preocupado de sí mismo hasta la manía, y no viéndose más que á sí en el mundo, se figura al hombre según él y «lo describe tal como se siente.» Por otra parte, en eso halla su cuenta el amor propio. Se está gozoso de ser el tipo del hombre; la estatua que uno se levanta toma más importancia; se eleva uno á sus propios ojos cuando confesándose, cree uno hacer la confesión del género humano. Rousseau convoca á las generaciones con la trompeta del juicio final, y se presenta atrevidamente á la vista de los hombres y del supremo juez. «Que uno siquiera te diga, se atreva á decir, yo fui mejor que aquel hombre.» (1)

(1) *Confesiones*, Libro I, p. 1. y fin del libro V.—Primera carta á M. de Malesherbes. «Conozco mis grandes defectos y sien-

Todas las manchas adquiridas proceden del exterior, á las circunstancias es á quienes deben atribuirse sus bajezas y sus vicios. «Si yo hubiese caído en poder de mejor maestro, habría sido buen cristiano, buen padre de familia, buen amigo, buen trabajador, buen hombre en todo.» Así, solo la sociedad es la que tiene toda la culpa. Igualmente en el hombre en general, su naturaleza es buena. «Sus primeros impulsos son siempre rectos... El principio fundamental de todo moral, del que he tratado en mis escritos, es el de que *el hombre es un sér naturalmente bueno amante de la justicia y del orden*... El *Emilio* particularmente, no es sino un tratado de la bondad originaria del hombre, dedicado á demostrar de qué manera el vicio y el error ajenos á su constitución se introducen en él desde el exterior y le alteran visiblemente... La naturaleza formó al hombre dichoso y bueno, la sociedad le deprava y hace miserable.» (1)

Despojadle con la imaginación, de sus ficticios hábitos, de sus necesidades creadas, de sus falsas preocupaciones; dejad á un lado los sistemas, penetrad en nuestro propio corazón, escuchad al sentimiento íntimo, dejaos guiar por la luz del instinto y de la conciencia; y volveréis á tener ese Adán primitivo, semejante á un estatua de incorruptible mármol que caída en un lodazal, ha desaparecido desde hace mucho tiempo bajo una capa de moho y de limo, pero que libre de su fangosa funda puede volver á ocupar su pedestal con toda la perfección de su forma y la pureza de su blancura.

En torno de esta idea central se reforma la doctrina espiritualista. Un tan noble sér no puede ser un simple compuesto de órganos; existe en él algo más que la materia; las impresiones que recibe por medio de los sentidos no le constituyen por completo. «Yo no soy únicamente un sér sensitivo y pasivo, dice en el *Emilio* el Vicario saboyano haciendo su profesión de fe, sino un sér activo é inteligente, y diga la filosofía lo que quiera, me atreveré á tener la pretensión de pensar.» Mejor aún, este principio

to vivamente todos mis vicios. Con todo, estoy persuadido que de todos los hombres que he conocido en mi vida, ninguno fué mejor que yo.—A la señora B. 16 Marzo de 1770. «Habéis otorgado estimación á mis escritos; se la otorgaríais mayor aún á mi vida si os fuere conocida, y más todavía á mi corazón si se abriera á vuestros ojos. No hubo nunca otro mejor, ni más tierno ni más justo... Todas mis desdichas provienen de mis virtudes...» —A la señora de la Tour. «El que no se entusiasma por mí, no es digno de mí.»

(1) Carta á M. de Beaumont p. 24.—*Rousseau juez de Juan Jacobo*, tercer diálogo, 193.

pensador es, en el hombre por lo menos, de una especie superior. «Que se me muestre un animal en la tierra que sepa echar lumbre y admirar el sol. ¡Qué! ¿podré yo observar, conocer los seres y sus relaciones? ¿podré comprender lo que es el orden, la belleza, la virtud? ¿podré contemplar el universo y remontarme hasta la mano que lo rige? ¿podré amar el bien y practicarlo y me compararía con el bruto? El hombre es libre, capaz de escoger entre dos actos, y autor de ellos por consiguiente; es pues una

causa original y primera «una sustancia inmaterial» diferente del cuerpo, una alma que el cuerpo ata y á quien puede sobrevivir. Esta alma inmortal, unida á la carne tiene por voz la conciencia. «¡Conciencia! instinto divino, inmortal y celeste voz, guía segura de un sér ignorante y limitado, pero inteligente y libre, juez infalible del bien y del mal, que hace al hombre parecido á Dios, tú eres la que constituyes la excelencia de su naturaleza.» Al lado del amor propio por el cual subordinamos el todo á nosotros



BEAUMARCHAIS

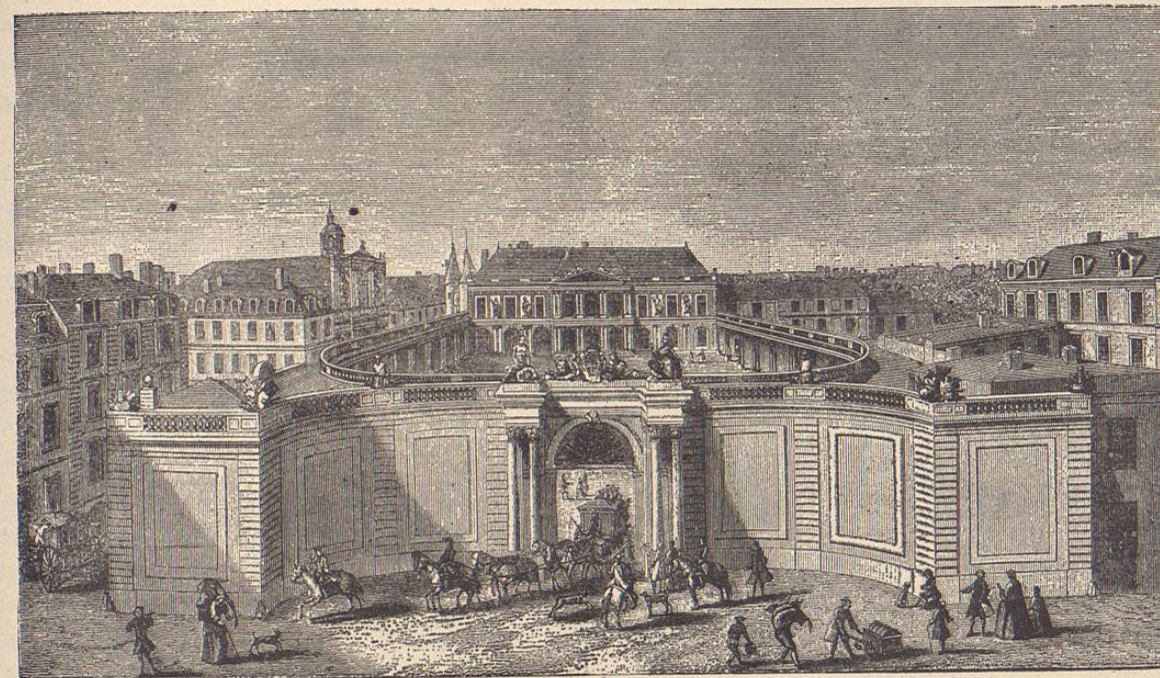
mismos, hay el amor al orden por el que nosotros mismos nos subordinamos al todo. Al lado del egoísmo en virtud del cual busca el hombre su felicidad aún á expensas de los demás, hay la simpatía en virtud de la que busca la felicidad de los demás hasta á costa de la suya... El goce personal no le basta ya; necesita también de la paz, de la conciencia y de las efusiones del corazón. Hé aquí al hombre tal como Dios le hizo y lo quiso; no hay defecto alguno en su estructura. Las partes inferiores sirven en él lo mismo que las superiores; todas son necesarias, proporcionadas, puestas en su lugar, no sólo el corazón, la conciencia, la razón y las facultades por las cuales aventajamos al bruto, sino también las inclinaciones que nos son comunes con él, el instinto de conservación y de defensa, la necesidad de movimiento físico, el apetito sexual, y los demás impulsos primitivos, tales como se encuentran en el niño, en el salvaje, en el hombre inculto. Ninguna de ellas

considerada en sí es viciosa ó nociva, ninguna de ellas es sobrado poderosa, ni aún el amor á sí mismo. Ninguna entra en juego fuera de tiempo. Si no interviniéramos, si no las violentáramos, si dejáramos deslizar por su natural pendiente todos sus mantedales vivos, si no las encerráramos en nuestros cauces artificiales y sucios, jamás las veríamos espumear, ni mancharse. Nos sorprendemos de sus manchas y de sus desórdenes; olvidamos que en su origen eran inofensivas y puras. La culpa es nuestra, de nuestras divisiones sociales, de los canales limosos y rígidos con que las desviamos, las torcemos y hacemos pudrir y rebatar. «Son nuestros mismos gobiernos los que fabrican los males que queréis remediar por su medio... Cetos de hierro, leyes insensatas... á nosotros damos la culpa de que no hayamos podido llenar nuestros deberes en la tierra. «Quitad esos diques, obras de la tiranía y de la rutina; librada así la naturaleza, recobrará, inme-

diatamente su camino recto y sano, y sin ningún esfuerzo, se encontrará el hombre no solamente dichoso, sino virtuoso. (1)

Bajo este principio comienza el ataque; no los hay de clase que tan profundamente penetre ni que se dirija con tan áspera hostilidad. Hasta entonces sólo se presentaban las instituciones existentes como molestas, irrazonables; ahora se las acusa además de injustas y corruptoras. No se habían agitado más que la razón y los apetitos; se sublevaron además la con-

ciencia y el orgullo. Con Voltaire y Montesquieu, todo lo que podría yo esperar eran males un poco menores. Con Diderot y de Holbach sólo será en el horizonte un Eldorado brillante ó una Citeria cómoda. Con Rousseau veo al alcance de mis manos un Edén en que hallaré por de pronto mi nobleza inseparable de mi dicha. Tengo derecho á él; á él me llaman la naturaleza y la providencia; es mi herencia. Sólo me aparta de él y forma mis vicios á la par que mi desgracia, una institución arbitraria.



El palacio de Rohan.—París

¡Con qué rabia y arrojo voy á embestir la antigua barrera! Ello se advierte en el tono vehemente, en el estilo amargo, en la sombría elocuencia de la nueva doctrina. Ya no se trata de agradar ni decir bribonadas; la seriedad es inquebrantable; se siente la indignación y el patente clamor que se alza traspasa los salones y llega á la multitud tosca y sufrida, á la cual nadie se dirigiera todavía, cuyos sordos resentimientos hallan por vez primera un intérprete, y cuyos destructores instintos vienen á exaltarse muy pronto al llamamiento de un heraldo.—Rousseau es del pueblo y no de la buena sociedad. En una reunión se halla violento; no sabe conversar ni ser amable; no halla frases galanas sino fuera

de tiempo, en la escalera; se calla con un continente tosco, ó dice necedades, y no esquivo la torpeza sino para caer en arranques zafios ó en sentencias de pedante. La elegancia le desagrada, el lujo le incomoda, la urbanidad le parece un engaño, la conversación una charlatanería, el buen tono una apariencia, la vivacidad un convenio, el ingenio una ostentación, la ciencia un charlatanismo, la filosofía una afectación, las costumbres una podredumbre. Y en tanto es así, que él mismo en sus *Confesiones*, segunda parte, libro IX, 368, escribe: «No comprendo como se atreve uno á hablar en una reunión... Yo me apresuro á balbucear rápidamente palabras sin idea alguna, harto afortunado cuando nada significan... Yo tendría tanta afición como otro cualquiera á la sociedad si no tuviese la seguridad de presentarme en ella, no sólo de una manera desventajosa para mí, sino también de un modo completamente distinto de lo que soy.» Según él mismo, todo

(1) «Artículo I. Todos los franceses serán virtuosos.—Art. II. Todos los franceses serán dichosos.» (Proyecto de constitución hallado entre los papeles de Sismondi, estudiante entonces.